

‘I.E.S. nº 8’

NOVELA

Para la asignatura de Ética
Educación Secundaria Obligatoria

* * *

SEMINARIO PERMANENTE DE F.P.N.
DE
MÓSTOLES

*MARTA AJA COBO
MARÍA OLIVARES CANO
ALBERTO ORTEGA ARAMBURU
SEVERINO PÉREZ MISAS
VICENTE TRAVER CENTAÑO*

CAPÍTULO I

- No servirá de nada; no van a encontrar mi cazadora; quienes son capaces de robar a un compañero no van a confesar luego porque les dé un remordimiento repentino; o se les pilla o no hay forma - se lamentaba Norberto a la salida de la clase mientras bajaba las escaleras con Ernesto, Gerardo e Irene. Al contrario que sus dos amigos, él rara vez llevaba ropa de marca.

A segunda hora habían estado en el laboratorio de biología haciendo una práctica. Cuando regresaron, Norberto descubrió que su cazadora nueva había desaparecido; la había recibido la semana anterior, como regalo de cumpleaños. Se había quedado con las ganas las pasadas Navidades, pero ahora su madre había estado cosiendo más horas de las habituales durante todo un mes para ofrecer a su hijo el regalo que quería. Cuando la llevó a clase, algunos la habían admirado y esto había producido una satisfacción añadida en Norberto, que no solía llevar ropa cara.

Después del robo, el jefe de estudios subió a clase y preguntó a todos; también amenazó con castigos colectivos, e intentó aludir a la conciencia de cada uno. Todo inútil; después de casi dos horas se fue sin sacar nada en claro.

- Todo esto pasa por falta de autoridad. Si yo fuera el jefe de estudios no me había ido de allí hasta que no hubiera salido el culpable – dijo Ernesto.

- Y si no sale ¿qué hubieras hecho? - preguntó Norberto - ¿te quedas aquí con toda la clase a comer, y a dormir, y a pasar el próximo fin de semana?

- Si no sale por las buenas, sale por las malas; si nos preguntan a todos, pero de uno en uno, y se corre la voz de que alguien ya ha dicho quién ha sido, y a unos cuantos se les da algún bofetón bien dado, verás como empiezan a cantar - contestó Ernesto con mucha seguridad. A él no le gustaba especialmente la cazadora. El color resultaba demasiado claro y la marca no era de las mejores. Pero le indignaba que no se respetase la propiedad de cada cual, especialmente la de sus amigos.

- Pues pobre del jefe de estudios; seguro que acaba en la cárcel. A ti te pueden atracar y darte una puñalada en medio de la calle; pero como a la policía se le ocurra tocarle un pelo a alguien se la acusa de tortura; así va todo como va – contestó Gerardo- Además, todo esto pasa desde que vienen al instituto los de los pisos de realajo.

- Ésos no han traído más que problemas –dijo Norberto-. Seguro que los que me han quitado la cazadora han sido ellos. Encima de que les dan casas gratis y les pasan de curso aunque suspendan todo porque ya han repetido muchas veces y no pueden repetir más, ellos sólo saben fastidiar a todo el mundo.

Se hizo un silencio mientras todos pensaban en Manolo. Había llegado a uno de los pisos de realajo con su madre y su hermano hacía un par de años; era algo mayor que el resto de la clase porque había repetido alguna vez, pero el curso anterior le habían promocionado a cuarto de la ESO por imperativo legal. Quizá por todas esas circunstancias nunca se había integrado bien en el grupo. Se sentaba en a última fila de la clase con Antonio, un morenazo también repetidor, que, sin embargo, no parecía tener problemas para relacionarse con todo el mundo. En el recreo Manolo solía juntarse con alumnos mayores de otros cursos que vestían como él, y eran considerados los “malos” del instituto.

Irene pensaba que parecía lógico lo que habían dicho Gerardo y Norberto. Los de realajo estaban causando problemas y Manolo era de los pisos de realajo. Las cosas son como son. Por otro lado, Manolo no le parecía mala persona. Entonces se acordó de lo que pasó unos años antes en el taller de instrumentos musicales que tenía su tío. Se hacían con una madera llamada “ébano”. Irene sabía que las cosas de madera flotan en el agua. Ese día salió del taller jugando con un trozo de ébano y se le cayó en el estanque del parque. Entonces vio asombrada que se hundía en el agua. Así que era falso que todas las maderas flotan ¿No podía ser igualmente falso que todos los de realajo den problemas? Camino de su casa, coincidió con Felipe y le fue comentando lo que se le había ocurrido. Felipe no estaba muy seguro de eso que dice la gente de que la excepción confirma la regla.

- ¿Cómo podríamos aclararnos? - preguntó Irene.

- No sé – contestó Felipe – A lo mejor no queda más remedio que probar con otros ejemplos. Si vemos que los que están saliendo de un museo son japoneses, ¿eso quiere decir que todos los que quedan dentro del museo son japoneses? Y, si de repente sale entre ellos un negro, ¿esa excepción confirma que los que aún quedan dentro son japoneses?

* * * * *

Norberto, Gerardo y Ernesto caminaban juntos y, justo al doblar la esquina, vieron la silueta de Manolo de espaldas; andaba tranquilamente camino de su casa; llevaba la mochila a la espalda y un jersey estirado colgado en uno de sus hombros. Sin decir nada, los tres aceleraron el paso hasta darle alcance.

- Os digo que yo no he cogido ninguna cazadora ni sé quién lo ha podido hacer – repetía de nuevo Manolo muy quieto contra la pared después de que sus tres compañeros de clase hubieran revisado su mochila.

- A alguien se la has tenido que dar; o, si no la has cogido, tú sabes quién lo ha hecho; seguro – insistió Gerardo.

- Vamos, suelta lo que sabes - dijo Ernesto mientras le empujaba en un hombro.

Pasó una señora con dos niños y se quedó mirando la escena mientras se alejaba; pasó también un grupo de chavales del instituto y se fueron haciendo comentarios sobre el puñetazo que acababa de recibir Manolo.

En aquel momento Felipe e Irene doblaron la esquina.

- ¿Qué pasa aquí? – preguntó Irene sorprendida.

- Nada que te importe, así que aire – contestó Gerardo.

- Oye, que la calle es de todos, majo – respondió Irene.

- Sí, la calle es de todos, pero la cazadora es de Norberto y se ha quedado sin ella – dijo Ernesto.

- ¿Y por qué suponéis que Manolo tiene algo que ver en el asunto? ¿Es que se la habéis encontrado encima? – preguntó Felipe viendo todo el contenido de la mochila de Manolo desparramado en el suelo; se fijó en unas gotas rojas sobre uno de los cuadernos y, al levantar la vista, vio el hilo de sangre que bajaba desde la nariz de Manolo hasta el borde de su barbilla.

Se hizo un silencio. Finalmente Gerardo se encaró con Felipe y dijo:

- Mira, estamos intentando resolver esto, y vosotros estáis metiendo vuestras narices en algo que no es de vuestra incumbencia ¿vale?

- ¿Y por qué es de tu incumbencia más que de la mía? – dijo Felipe.

- ¿Y por qué no te vas a tu casa a ver qué te ha hecho tu madre de comida? – intervino Ernesto.

- ¿Y por qué no te vas tú a la tuya? – contestó Felipe.

Manolo aprovechó la circunstancia y salió corriendo. Ernesto se dio cuenta y salió detrás, pero Irene se atravesó y los dos acabaron rodando por el suelo.

- ¿Veis lo que habéis conseguido? Ya se ha escapado. Si no tuviera nada que ocultar, no habría salido corriendo como un cobarde – dijo Gerardo.

- Hablaron los valientes; tres contra uno - ironizó Irene.

- Habló la vaca; si no es por la gorda ésta, no se me escapa – contestó Ernesto.

- ¿Qué pasa? ¿Me vas a pegar a mí también o te conformas con insultarme? - respondió Irene sosteniendo la amenazadora mirada de Ernesto.

- Me parece que os habéis pasado siete pueblos – dijo Felipe, mientras Irene iba recogiendo de la acera las cosas de Manolo y las iba metiendo en la mochila.

- Pues si no hubierais aparecido vosotros, puede que ahora estuviera todo resuelto y que los de los pisos de realojo se lo pensarán dos veces antes de volver a hacer de las suyas – dijo Ernesto.

Felipe sintió que algo se le removía por dentro; recordó su colegio de Suiza, donde siempre que pasaba algo se culpaba a los españoles, recordó el hotel donde había ido en una excursión. Allí un cartel ponía sólo en español que no se podían llevar las toallas... Se puso delante de su compañero; tenía que mirar hacia arriba porque Ernesto le sacaba la cabeza. Muy despacio, pero con mucha seguridad, dijo:

- Yo también soy uno de los de los pisos de realojo.

Ernesto le miró amenazadoramente; la crispación crecía por momentos; afortunadamente, Norberto intervino:

- Calma, calma; vamos a ver si conseguimos no sacar las cosas de quicio.

* * * * *

De camino a casa, retomaron la conversación con los ánimos menos alterados.

- O sea que, como Manolo vive en ese barrio, tiene que haber sido él la persona que ha cogido la cazadora. ¿Y cuando robaron dinero de las mochilas en un recreo en 4º B? Allí no está Manolo –dijo Irene.

- ¡En 4º B hay por lo menos dos de los pisos de realojo! Si lo sabré yo que está allí mi primo, y a él le quitaron 3 euros. Además, allí estaba Manolo porque le habían cambiado de clase una semana ¿no os acordáis? Le pillaron robando hojas de examen de la conserjería y por eso le pusieron ese castigo. Si le hubieran expulsado para siempre... Es lo que yo os digo. Hasta que no llegó al barrio toda esa gentuza no había problemas. No hay más que verlos en el instituto; siempre andan con partes de incidencias - contestó Gerardo.

- Bueno, partes de incidencias también tienen otros; sólo que entonces la culpa es de los profesores ¿no? - preguntó Irene mirando fijamente a Gerardo, que bajó los ojos. Justo el día anterior le habían puesto un parte por atascar el servicio.

- ¿Y el año pasado, en la excursión a Navacerrada? ¿Os acordáis de la polémica? Valía una pasta y mucha gente no pudo ir; yo fui porque mis abuelos me dieron las pelotas, que si no, no voy. Manolo no fue. Alguien le birló los prismáticos a Quique, que no se dio cuenta hasta que no llegó a su casa; seguro que fue en el camino de vuelta. Por cierto, que tú sí fuiste a la excursión, Ernesto. Y no fue nadie de las viviendas de realojo ¿Qué conclusión podemos sacar? - preguntó Felipe.

- Mira, macho, si yo quiero unos prismáticos, me los compro, que no soy ningún pringao, como la gentuza esa - respondió Ernesto.

- Pues tú también te pasas bastante ¿eh? - intervino Norberto, dirigiéndose a Felipe -. No me parece que tengas ninguna buena razón para suponer que fue Ernesto sólo porque él iba a la excursión.

- Pues no; no es una buena razón; como tampoco es una buena razón suponer que, porque alguien viva en un barrio, tiene que ser culpable de todo lo que pase, aunque no haya pruebas. No es una buena razón; es un prejuicio - dijo Irene.

-¡Prejuicios! ¡Razones! ¡Y leches! El caso es que Norberto se ha quedado sin cazadora. A ver, ¿podéis resolver eso, listos? - dijo Gerardo que parecía a punto de estallar.

Todos quedaron en silencio. Finalmente Irene preguntó, como pensando en voz alta:

- ¿Qué es peor? ¿Quedarse sin cazadora o sentirse acusado y señalado por todos cada vez que sucede algo?

Mientras Irene decía eso, Felipe pensaba: “¿Y si de verdad hubiese sido Manolo? ¿Eso justifica liarse a golpes con él? Pero, para el caso, si a la gente que roba nadie le da una buena lección, nunca aprenderán a respetar lo de otros”. Felipe no acababa de sentirse cómodo con sus propios pensamientos.